



LITERATURA, ARTES, CIENCIAS, TEATROS, SALONES.

Los trabajos son originales
e inéditos.

DIRECTOR PROPIETARIO
MARQUÉS DE PREMIO REAL.

No se devuelven los origi-
nales.

SUMARIO

LA FÉ ANTE LA RAZÓN.

Srta. D.^a Rosa Martínez de Lacosta.

EL BALCON DE LA REINA

(LEYENDA EN VERSO.)

Sr. D. Francisco Jiménez Campaña.

Redacción: Granados 3.

SUPERSTICIONES.

Sr. D. Angel del Arco y Molinero.

EL PRIMER DÍA DE GLORIA.

Ilmo. Sr. D. Mariano Capdepon.

Letra menuda.

COLABORADORES.

Sra. D.^a Patrocinio de Biedma.—Srta. D.^a Josefa de Ugarte-Barrientos.—Srta. D.^a Julia de Asensi.
Sra. D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Srta. D.^a Carolina de Soto y Corro.—Srta. D.^a Mercedes Gutiérrez de Vallé.
Srta. D.^a Blanca de los Ríos.—Sra. D.^a Emilia Pardo Bazán.—Srta. D.^a Rosa Martínez de Lacosta.—Srta. D.^a Mercedes de Velilla.
Excmo. Sr. D. Pedro A. de Alarcon, (de la Real Academia Española).—Excmo. Sr. Conde de Cheste,
(de la Real Academia Española).—Excmo. Sr. D. Mariano Catalina, (de la Real Academia Española).—Excmo. Señor
Marqués de Valmar, (de la Real Academia Española).—Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel,
(de la Real Academia Sevillana).—Excmo. Sr. D. Salvador Lopez Guijarro.—Ilmo. Sr. D. Mariano Capdepon.
Sr. D. José de Velilla, (de la Real Academia Sevillana).—Sr. D. Luis Montoto.—Sr. D. Francisco Jiménez Campaña.
Sr. D. José Devolx y García.—Sr. D. Antonio Fernández y García.—Sr. D. Carlos Rendón.—Sr. D. José C. Bruna.
Sr. D. Salvador Rueda y Santos.—Sr. D. Narciso Díaz de Escovar.—Sr. D. Julio Valdelomar y Fábregues.
Sr. D. Juan Morlesin y Soto.—Sr. D. Augusto Jerez Perchet.—Sr. D. Juan Tejon y Rodriguez.—Sr. D. José A. Poggio.
Sr. D. J. Robles Lacourtiade.—Sr. D. Juan P. Criado y Dominguez.—Sr. D. Angel del Arco y Molinero.



LA FÉ ANTE LA RAZON.

La página bíblica nos presenta á la fé trasportando las montañas, es decir, transfigurando al hombre, y en efecto, alma sin fé es algo que muere, corazon sin fé es algo que se vicia, inteligencia sin fé es algo que se enerva, algo que alentó entre la negra sombra del vacío.

Espíritu con fé es algo que consuela, corazon con fé es algo que se agiganta, inteligencia con fé es algo que se diviniza y se redime.

La fé de la primera edad es como sueño celestial, como brisa acariciadora que trae en su soplo un perfume divino: el niño se despierta por ella al pensamiento de la inmortalidad y por ella el hombre ama, siente, espera y piensa.

¡Qué hermoso es cuando una madre buena é instruida acaricia al pequeño inocente y le hace comprender y bendecir á ese gran Sér que denominamos Dios! ¡Y qué pura aparece esta misma madre cuando valiéndose de sus tesoros de ternura enseña á objeto tan querido la santa filosofía de la caridad, esa que hace sufrir en la agena desgracia é inspirarnos en toda idea de bien, de esperanza y amor!

El niño entonces vive por esa fé, y aunque de una manera vaga presiente ya ese anhela infinito que ha de conducirlo más adelante á la investigacion y la gloria.

¡Con qué gozo mira á las alturas, con qué confianza se deja llevar por el impulso de sus purísimas creencias! Pero pronto, muy pronto se desgarran el blanco cendal de su inocencia, y aquél sueño tan delicioso vá perdiendo su primitiva pureza como luz que lentamente se apaga.

Más ¿quién no conserva en el escondido seno del alma un rayo siquiera de aquella vivificadora lumbré? ¿Quién olvida en un todo las divinas promesas de ventura si tuvo la suerte de ser acariciado é instruido por una mujer ejemplo de virtud y amor?

¡Bendita seas madre mia! ¡bendita seas! Tú has sido la dulce maestra de mi alma, tú la que me has enseñado á conocer á la Divinidad, tan sabia, tan sublime como se nos presenta en los magníficos altares de la creacion. Por eso, allá en el fondo de mi mente, escucho en toda hora un eco armonioso que me repite. «La madre es la figura más digna de enaltecer: ella vela el sueño del niño en la cuna, le enseña á sentir como bueno, pensar como sabio, disculpa sus faltas en la juventud y hasta en el lecho de muerte le está señalando la carrera inmor-

tal del cielo, pues un moribundo con fé es un espíritu que se duerme en el dolor seguro de despertar en lo infinito.»

Y es, que la fé, es hija predilecta del corazon femenino, es la casta violeta que lo perfuma, es el ardientísimo fuego que consume su mala semilla y lo transforma en ángel.

De la fé brotan todas las grandes ideas, y es tan necesaria á la vida como el riego al campo, como el sol á la planta, como el progreso á la humanidad. Debió nacer sin duda por esa obra soberana de la naturaleza, que siglos tras siglos viene demostrando la incomparable sabiduría de un artista supremo.

«Tu mano es impotente para levantar de la nada otra tan grandiosa creacion, dice á la criatura racional. Eres máquina que se rompe, organismo que se desgasta, espíritu que vuela, pero que inútilmente trata de resolver el problema de su existencia.

Y pasan los pueblos, y pasan las ciudades, y pasan hasta las leyes; más en el estremecimiento de esas revoluciones sociales se nota siempre un pensamiento que se agiganta, una esperanza que resucita, una sombra que huye y un algo inmaterial que tiene grandeza como el génio, tempestades como el océano, lágrimas como el sacrificio y fortaleza como el héroe. Por que fé se denomina todo aquello que hace engrandecer el ánimo, iluminar la inteligencia y sostener con nuestras constantes aspiraciones el principio moral de la vida.

Por su fé bebió Sócrates la cicuta, y aún después de muerto triunfa en aquella sana filosofía que abre nuevo horizonte al humano progreso.

Por su fé, más tarde, cien y cien émulo de la moral cristiana desprecian el martirio, se burlan de los tiranos y construyen sobre un viejísimo y embutido imperio el grandioso edificio que cimentó en el Calvario la sublime sangre de Jesús.

El libro de Job, nos presenta tambien ese sentimiento en todas sus más elocuentes manifestaciones.

Allí está el sér que ama y que piensa arrojado como reptil venenoso á un muladar inmundo, y sin embargo, este hombre, este gran poeta, como lo califica el insigne Lamartine, tiene sed de gloria, sed de eternidad, sed de ese algo infinito que nunca ha visto realizado el humano corazon. Su doliente eco parece reproducir todas las celestiales armonías de la naturaleza, parece preludiar la lucha constante de una esperanza que muere y otra que resucita. Ora se revela contra aquella mano que lo hiere y lo postra, ora bendice y entona como el ave un himno

no aprendido ni estudiado, pero que es la manifestación patente de esa llama creadora que inmortaliza al hombre.

En el poeta del desierto está representado el espíritu humano, que sufre, duda y se revela; más que al fin se aferra á la salvadora idea de un despertar eterno.

Tras una sombra de dolor, viene un rayo de consuelo. Para un Neron que avergüenza á la humanidad, hay un Platon que la instruye; para un Atila que azota á los pueblos, hay un Cristo que los redime; y siempre ante la historia aparece el hombre guiado y fortalecido por el astro divino de la fé, pues ella es, ha sido y será la cadena misteriosa que en medio de las convulsiones sociales, mantiene y sujeta la valerosa nave de la razón y el progreso.

ROSA MARTINEZ DE LACOSTA.

Cádiz, 1883.

EL BALCON DE LA REINA

LEYENDA EN VERSO

POR

DON FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

II.

MORAYMA.

Vénus de la mar nacida,
Y aunque ya al amor despierta,
Aún de los dioses impuros
A la liviandad agena;
Vénus entre los suspiros
Que arranca Homero á las cuerdas
De su arpa eolia, naciendo
Ideal de la belleza;
Vénus con cuello de cisne,
Talle esbelto de palmera,
Ojos garzos como el cielo,
Breve pié, boca pequeña,
Y en su rostro derramadas
Las gracias todas de Grecia...
Es Morayma, de la vida
En la hermosa primavera,
Por lo airoso de su cuerpo,
Por su apostura de reina,
Y su faz donde el hechizo
Vertió el cielo á manos llenas.
Entre galas orientales
Su forma gallarda envuelta.

Y en las rodillas de un moro
Reclinada la cabeza,
Que es, sin velo, sol sin nubes,
Parece, si se la observa,
Que está la diosa de Chipre
De algun sultan prisionera.
Entorna los dulces ojos
Que aún lánguidos centellean,
Y entonces el moro, que es viejo
Y de noble faz, la besa,
Primero con las miradas
Donde el cariño flamea,
Y luego con casto lábio
En las abundosas trenzas.
—Hija—el anciano murmura,
Si las penas que te asedian
Fueran lanzas de guerreros,
Ya esclavas fueran tus penas.
Más yo que estirpo de lanzas
Enemigas estas tierras,
Ante tus lágrimas tiemblo
Como del león la oveja;
Por más que tú me pareces,
Cuando llorando te muestras,
Segun el pecho se agita
Y las sienes me golpean,
La patria llamando á gritos
Los bravos á su defensa.—
Y mientras el anciano habla,
Morayma gime y espera:
Espera que aquél mancebo
De misteriosa apariencia,
Que en sus trovas amorosas
De sus ansias le dió muestra,
Hambriento de sus miradas,
Delirante de amor vuelva.

En Biba-Rambla una tarde,
Ardiendo la plaza en fiestas,
Le vió alanceando un toro,
Que muerto cayó en la arena.
Y en el corazón entróse
Entera su gentileza,
Desde las plumas del casco
Hasta la dorada espuela.
Rindióle el alma cautiva;
Y mientras la plaza, llena
Está de mantenedores,
Que se dán lanzadas recias,
En justas de amor dispara
Morayma al doncel sus flechas,
Arpones envenenados
En la sangre de sus venas,
Que los arcos de sus ojos
Disparan como centellas.
Sintióse el garzon herido
Y de mano tan certera,
Que demanda á su enemiga
En el torneo clemencia.

Más al fenecer la tarde
Y al concluirse la fiesta,
De negro desmayo rudo
Morayma sintióse presa.
Que aquél mancebo garrido
Era de la stirpe régia;
Érase Boabdil, el príncipe
Que el trono aguarda en herencia.
Tornóse á Loja engolfada
En el mar de su tristeza,
Hasta que el príncipe vino,
Cantando sus hondas penas
En sentida serenata,
Que puso su amor alerta.
Y aunque con misterio, el moro
Con su buen padre se expresa
Hablando de sus amores,
Morayma, que lo penetra,
Siente avivarse allá dentro
Del amor la roja hoguera,
Y que el alma entre las ondas
De aquél fuego que le quema,
Se asoma á sus garzos ojos
En lloro ardiente deshecha.
Por eso cuando cabalga,
Y ráudo el príncipe deja
La orilla del hondo río
Do exhaló su cantinela,
Morayma al balcon se asoma
Impelida por la fuerza
Del amor que la enloquece,
Y el alma del pecho vuela,
Salta el río, busca ansiosa
Al mancebo que se aleja,
Abrázalo palpitante
Entre las sombras inciertas,
Y en el arzon del caballo,
Que corre suelta la rienda,
Sentada, salva el arroyo,
Libra la zanja, la cuesta
Sube veloz, pasa el llano,
Y vé acortarse la Vega,
Llegar el Arco de Elvira
Y abrirse sordas sus puertas...
Porque alas de torbellino
Tiene el corcel que los lleva.

Y en tanto el doncel que corre,
Siente, por la herida abierta
Que hizo en su pecho el amor,
Que el alma se sale fuera,
Que baja al profundo río
Y gana la orilla opuesta,
Y que trepando atrevida
Por las ramas y las peñas,
De aquél hendido peñasco
Que sostiene en la cabeza
El castillejo morisco,
Nido donde se recrea
La paloma que lo hechiza.

Por el ajimez penetra
Y cayendo de rodillas
Cuenta á Morayma sus penas.

¡Las almas enamoradas,
Que lloran tristes ausencias,
Por el desierto del mundo
Son perpétuas viajeras!
Por eso la dulce mora
De su padre en la presencia,
Deja al alma peregrina
Andar de su amor las sendas.
Y cuando su padre austero
A quien su amargura inquieta,
La abandona, porque muda
A sus ruegos no contesta,
Se asoma al balcon llorosa
Y hundiendo la vista hambrienta
En el lejano horizonte,
Es blanca estatua de piedra
A quien ni el viento incomoda,
Ni el sol ardoroso quema,
Ni la noche pone miedo,
Ni el alba amengua las fuerzas,
Ni el labriego, á quien no mira
Y que mudo la contempla,
Sorprendiéndola en su llanto,
Su rostro en pudor incendia.
Que allí triste y zozobran
Y del príncipe en espera,
Cuando la noche rodando
Baja de la agreste sierra,
Cuando los astros fulguran
Y cuando el día alborea,
En el balcon asomada
Siempre alerta, siempre en vela,
Parece un ángel sin alas
Que custodia aquellas tierras.

—Más dejándola en silencio
Y respetando sus penas,
Por saber quien es su padre,
Ven conmigo, que alas llevas.—

(Continuara.)

SUPERSTICIONES

(CONCLUSION.)

Esta dureza de las leyes, por una parte, y por otra los adelantos de la época, que desvanecieron las sombras de la preocupación combatiendo la ignorancia, fué la causa de que se entibiaran las creencias supersticiosas; pero todavía el vulgo, sencillo é ig-

norante, creía en cuentos de trasgos, duendes, brujas y fantasmas, y ésta es, en nuestro sentir, la base de la mayor parte de nuestras fantásticas tradiciones.

No faltaban embaucadoras que intentaran predecir el sino de cada uno echando las cartas, contando las rayas de la mano, y por otros mil medios tan absurdos como seductores para los ignorantes. Había hechiceras que tenían remedio para hacerse amar por el desdeñoso, para olvidarle si era ingrato; para apreciar el sexo del feto en la mujer embarazada; para saber si era olvidadizo el amante en la ausencia, y otro sinnúmero de supercherías practicadas por cierta clase de «gitanas embaucadoras», tan hábilmente ridiculizadas por Fernando de Rojas en «La Celestina».

Los sencillos campesinos creían en muchos agüeros, que tenían por señas infalibles, ya para conocer si el año había de ser abundante ó estéril, si amagaba lluvia tempestuosa, viento fuerte ó pedrisco.—Sembrando al entrar la canícula de toda clase de simientes, y notando, al salir aquella, qué simiente estaba más crecida, se podía apreciar la fertilidad del año.

Si el trigo había crecido más, sería buena la cosecha; si por el contrario, estaban más crecidas otras especies de ménos importancia, y las hierbas nocivas ahogaban á las útiles, era presagio de mal año.

Eran señales de lluvia tempestuosa, si el sol salía muy rojo y súbitamente se tornaba negro; si la luna tenía un círculo ó faja de color macilento; si los pájaros de agua se lavaban de continuo en ella: si las grajas se zambullían en los ríos, ó gritaban por la mañana más fuerte que otras veces; si las abejas no salían de sus panales; si el buey comía más de lo acostumbrado; si las ranas se lanzaban á los charcos sin que las obligara el viento, si el perro de ganado se revolcaba en tierra; si las moscas picaban más de lo regular; si el gallo cantaba después de salir el sol; si el aceite del candil ardiendo, centelleaba; si el arco iris aparecía en poniente y otro sinnúmero de agüeros.—Anunciaban viento impetuoso los nublados que se agrupaban al ponerse el sol, tomando la figura de grotescos animales; las estrellas corriendo á todas partes; los pájaros solitarios cantando más que de costumbre; la llama del fuego haciendo ruido y centelleando; los gansos de las lagunas extendiendo las alas á menudo y limpiándolas con el pico, etc.—Marcaban, por último, fuertes granizadas en Otoño ó Primavera, las nubes blancas tornándose oscuras ó negras; el sol y la luna mostrando al rededor círculos rojos, etc.

Y era tal la fé que tenían las gentes del campo en estos agüeros, que aún hoy no dejan de poner su devoción en algunos de ellos.—Sabidos son aquellos adagios de los aldeanos, que para ellos forman todo un sistema práctico aplicable á sus faenas: «Si en invierno quema el sol, pára la yunta, arador», y «Arco en poniente, deshunce la yunta y vente», y otros muchos que no son sinó vestigios de las antiguas creencias, aprendidas de los viejos.

La aparición de un cometa en el cielo ó de una aurora boreal; los mismos eclipses que tan claros comprende la Astronomía, eran igualmente reputados como presagios de enfermedades epidémicas, guerras y otras desolaciones. Y en orden inferior, nadie duda cuán inveterada está en el pueblo la creencia de que el canto de la lechuza, el aullido del perro, el derramarse el aceite ó la sal, el dar vueltas á una silla sobre uno de sus piés, el sentarse trece personas á la mesa, etc., etc., son indicios de próximas desgracias.

Los pueblos del mediodía de España, que á pesar de los siglos, tienen impreso en sus costumbres el sello de las costumbres de los árabes, conservan aún muchas de sus preocupaciones.

El martes, generalmente considerado como día nefasto, lo era también para los árabes; en esto se funda aquel adagio que dice: «En martes, ni te la hurdas ni hija cases». También el viernes se tiene por algunos como día de mal agüero, principalmente por la prostituta. Parent-Duchatelet, curiosísimo escritor francés, refiere que no hay una sola muger «de partido» en París, que vaya en viernes para ser reconocida en la prefectura de policía.

Antiguamente se creía que el que nacía en viernes, sacaba gracia de «adivino». En el «Centon epistolario» del bachiller Cibdarreal, comienza así una de las epístolas: (1) «Más festivo que el primer día de Pascua, fué el viernes cinco deste mes, cá parió la Reina un fijo... y agüeros trae de que será «adivino é saludador», pues nació en viernes.»

La preocupación del «mal de ojo», se conserva igualmente en nuestro pueblo, y á la manera de los árabes se acostumbra poner á los niños unos escapularios y también un cuernecillo ó amuleto, que se considera como preservativo contra las miradas funestas de ciertas gentes de mal agüero.

Hoy, merced á los adelantos de la civilización, las clases medianamente instruidas, no dan fé á tales

(1) Epístola primera, dirigida al Justicia Mayor del Rey D. Juan I.

preocupaciones, ni hay «hechiceros» que prejuzguen el sino de cada uno, ni «embaucadoras» que echen las cartas. La clase ha degenerado: hoy solo se encuentran algunas «celestinas callejeras» que dicen la buena-ventura «á precios módicos», pertenecientes á la raza de los que «parece que nacieron en el mundo para ladrones», como dijo el inmortal Cervantes.

ANGEL DEL ARCO Y MOLINERO.

Málaga 1885.



EL PRIMER DIA DE GLORIA.

(CONCLUSIÓN.)

Y tornó á salir, pero no tranquilo como ántes; sus miradas horrorizaban, consternaba su aspecto que era el de un desdichado, presa de frenética locura.

IX.

Eran las ocho de la noche.

Hallábanse congregados en casa de Julia los parientes de ésta y del afortunado Luis y algunos amigos íntimos, que debían presenciar la solemne ceremonia nupcial.

La alegría reinaba en todos los semblantes y animaba todos los corazones.

Julia, entre tanto, en otra habitacion derramaba en el seno de su madre un torrente de lágrimas tier-nas, que eran como el *adios* de despedida á sus ensueños de virgen.

Después, procurando en vano ocultar sus emociones y borrar las huellas de su llanto inocente, se dirigió al salón en que los convidados esperaban.

Al presentarse Julia, estalló entre los concurrentes un murmullo de admiración, que en verdad nunca había estado tan hermosa como aquella noche memorable.

Al través del velo de desposada, blanco y aéreo que prendía de su frente coronada de azahar, brillaban los hermosos rizos de sus cabellos rubios, como los rayos del sol naciente entre las nieblas vaporosas de la mañana.

La pureza que se reflejaba en su frente, el rubor que coloraba sus mejillas, la castidad que sus labios embellecía y el amor que en su miradas fulguraba, realzaban de tal manera su natural hermosura que Luis, no pudiendo contener un movimiento de entusiasmo, corrió á su encuentro y estrechando sus manos con efusión exclamó:

—¡Qué hermosa eres! ¡qué feliz voy á ser

—¡Qué felices vamos á ser,—rectificó Julia.

—Falta un cuarto de hora solamente, y están ya todos los convidados,—añadió Luis,—es decir, todos los que han de venir, porque hay uno que supongo que no vendrá.

—¿Quién?

—Arturo.

—¿Arturo?

—Sí, perdóneme: ha sido un capricho, una broma, una venganza pueril. Quise que supiera el momento en que me casaba, por lo mismo que aspiró á tu amor y le he invitado.

—Lo siento.

—No vendrá.

—No importa, pero habrá sufrido mucho... lo siento, lo siento.

—Yo también sufrí.

—Sí, pero eso pasó y él... ah! lo siento.

—En fin, ya lo he hecho, ahora no pensemos en eso.

Mientras Julia y Luis hablaban de esta manera, Arturo llegaba á la puerta de la alegre morada, cuyos muros encerraban tanta felicidad.

Solo con su pesar, de todos abandonado, de nadie querido, escarnecido por la mujer, que amaba, ultrajado su amor propio, lacerado su corazón por los celos escuchaba desde la puerta el bullicioso murmullo que en el salón se oía y llevaba hasta el fondo de su alma como un eco de alegría y de amor.

Su imaginación ardiente, exaltada en aquel momento, presentóle ante su vista con todos sus punzantes detalles, el magnífico cuadro de la ventura que Julia y Luis iban á disfrutar en breve.

Y veía á Julia, aun mas hermosa que en realidad era, estrechando á Luis entre sus brazos, y veía á Luis que reposando en su seno purísimo, se extasiaba contemplándola, y bebía en sus labios purpúreos el néctar delicioso del amor. Y oía las palabras llenas de suavísima ternura que Julia murmuraba al oído de su afortunado amante y creyó escuchar su propio nombre que con sarcástico desprecio pronunciaba, y le pareció que Luis se sonreía con insultante compasión, que le miraba con lástima y se aumentó en su corazón el fuego devorador de los celos, é hizo mas densa la nube sombría de sus pensamientos. Surgió en su alma la desesperación como temeroso fantasma, como tromba destructora que sobre la superficie de los mares se eleva, oscurece los cielos, conmueve las olas y vuela en alas de los huracanes, sembrando el espanto y la desolación.

—Seré feliz—dijo Arturo con sordo acento—seré feliz. Y empuñó una pistola que en el bolsillo de su gabán llevaba.

Y con los ojos desencajados, la mano trémula, fuera de sí, frenético, apoyó en la sien derecha el cañón del arma mortífera; mas al sentir el frío del metal, parecido al de la tumba, apoderose de su corazón mudo espanto, helóse la sangre en sus venas, y cediendo al natural instinto de conservación, apartó de su frente la pistola exclamando:

—¡Soy un cobarde!

Desistió de su criminal intento, mas renovose en su alma la terrible lucha, y oscilaba entre la muerte y la vida, como al borde de un abismo espantoso.

Al mismo tiempo en la sala todo era júbilo, toda felicidad.

Había llegado el venturoso instante. Luis y Julia con las diestras enlazadas, se aproximaron á un anciano sacerdote y se postraron á sus pies.

De pronto oyóse una terrible detonación, que difundió el espanto entre los concurrentes.

—¡Es él!—gritó Julia adivinando la verdad, y se desmayó.

Afligióse su madre, consternóse Luis, corrieron los convidados al sitio en que el mortífero ruido se había escuchado, y abrieron la puerta que casi obstruía el ensangrentado cuerpo de Arturo.

Este, como sintió gente, entreabrió sus ojos, y con acento apenas perceptible dijo: «Muero por ella... la perdono. que sea feliz... que sea...» y no pudo decir mas, por que la muerte había cortado el hilo de sus días.

En aquel mismo instante, en el teatro, deshacíase el público en estrepitosos aplausos y llamaba con entusiasmo al inspirado autor del magnífico drama que se representaba.

El autor estaba en la eternidad: Arturo murió sin haber presenciado su triunfo; el primer día de su gloria fué el último de su vida y su corona fúnebre el codiciado laurel del poeta.

CONCLUSION.

Julia, inocente causa de tanta desdicha, cuando supo la espantosa catástrofe, cuando le digeron que en las manos heladas del cadáver de Arturo había una flor marchita y ensangrentada, sintió el mas acerbo remordimiento y se negó á dar su mano á Luis. Creyó que nunca podría ser feliz un matrimonio, que con tan negros auspicios comenzaba, y de-

terminó consagrarse al Señor, en el santo retiro de un claustro.

Luis trató en vano de contrariar el propósito de Julia y como la vió firme en el juzgóse el mas infeliz de los mortales, se desesperó, maldijo su suerte y envidió la de Arturo: mas pasó el tiempo y el tiempo es el bálsamo que cura todas las enfermedades del corazón. Luis se consoló y pasados algunos años, siento decirlo, se casó con otra mujer, que acabó de borrar sus recuerdos amantes.

Lector, si juzgas inverosímil esta historia, piensa que Arturo tenía veinte años y que su inclinación á la soledad y al aislamiento le había hecho vivir sin ninguno de esos lazos que á la sociedad nos unen y en nuestras desgracias nos consuelan.

No concluiré sin hacer notar cuan miserable es la existencia humana, cuan ilusoria su felicidad. La causa mas pequeña, mas insignificante puede destruirla. Si no hubiese caído una flor sobre el sombrero de Arturo, este no habría conocido á Julia, y por consiguiente no se hubiera representado el trágico drama que acabo de referir.

FIN

MARIANO CAPDEPÓN.



LETRA MENUDA.



AVISO IMPORTANTE



La REVISTA MALACITANA deseosa siempre de dar mayor impulso al movimiento literario de la Nación española, publicará en breve una serie de trabajos crítico-biográficos, relativos á las «Poetisas y Escritoras de la España Contemporánea», escritos expresamente para esta publicación, y que formarán nuestros más distinguidos colaboradores.

Se invita á las poetisas y escritoras españolas que deseen figurar en esta serie—que ha de ser una verdadera galería de nuestras notabilidades literarias femeninas—para que en el más breve término posible, remitan á esta Dirección, Torrijos 23, Málaga, «todas las obras por ellas publicadas» y cuantos datos biográficos y personales gusten.

Los trabajos que serán propiedad de la REVISTA MALACITANA, se editarán lujosamente en elegante tomo, á espensas de esta empresa editorial.

Se admiten los pedidos, en la Administracion calle de los Granados 3, Málaga, y en todas las librerías.

Se suplica á los Sres. Directores de periódicos la reproduccion de este aviso á fin de que llegue á conocimiento de las interesadas.

LICEO LOPE DE VEGA.

Certámen literario-musical.

El *Liceo Lope de Vega*, que se inaugurará el 7 de Diciembre, próximo, ha acordado celebrar un Certámen literario-musical, cuya distribucion de premios contribuya á la solemnidad de la inauguracion.

Al efecto, señala los temas siguientes, casi todos en armonia con el propósito de una sociedad recreativa, que da su preferencia al arte dramático concediendo los premios respectivos, en la forma que á continuacion se expresa.

Literatura.

1.º *Juicio critico* de las obras dramáticas de Lope de Vega, consideradas principalmente en su influencia sobre el teatro nacional.

Premio de la Sociedad.—Obras dramáticas de Lope de Vega. Los volúmenes irán lujosamente encuadernados.

2.º *Monólogo*, en verso desarrollado de manera que pinte hábitos ó costumbres peculiares á la sociedad malagueña.

Premio del Círculo Malagueño. Un objeto de arte.

3.º *Canto á las glorias de la Marina española*. Libertad de metro y regular extension.

Premio del Círculo Mercantil. Un objeto de arte.

Música.

6.º Se adjudicarán varios premios, cedidos por el Liceo de Málaga, á alumnos de ambos sexos que sobresalgan en la ejecucion de una pieza, que se designará á su tiempo.

Los premios, para canto é instrumento, consistirán en Albums de música, elegantemente encuadernados.

A la mayor brevedad se precisará, por conducto de la prensa, qué clase de instrumentistas puede con-

currir al Certámen, cuya convocatoria no debe demorarse por este detalle que oportunamente será resuelto.

Advertencias esenciales.

El *Juicio critico*, aunque no contenga apreciaciones de originalidad, ni deje de estar inspirado en lo mucho que sobre tan ilustre autor se ha escrito, podrá optar al premio si no resultara ser, en opinion del Jurado, mero plagio de uno ó varios escritores.

El *Monólogo* debe tratarse en tal forma y con tal extension, que pueda constituir una parte en el programa de cualquier funcion dramática.

Todos los trabajos serán inéditos.

No hay accésits.

Sólo pueden concurrir á este certámen escritores malagueños ó aquellos que residan en Málaga, aunque no hayan nacido en ella.

Si despues de abiertos los pliegos, resultaren anónimos los escritores premiados, ó firmados con pseudónimos, no habrá lugar á la adjudicacion del premio.

Los individuos de los Jurados no podrán concurrir al certámen.

Nombraránse tres Jurados: uno para el juicio crítico, otro para los trabajos poéticos, y otro para el concurso musical, no excediendo cada grupo de tres componentes, y siendo estas personas conocidas en Málaga.

Los pliegos, en la forma acostumbrada para certámenes literarios, ó sea, conteniendo uno la obra y otro el nombre del autor, ambos con el lema consuetudinario, serán remitidos al señor Presidente del *Liceo Lope de Vega*, Cister 9 principal.

El plazo para la admision de pliego es, desde la publicacion de este programa hasta el 20 de Noviembre para el *Monólogo* y hasta el 30, ambos inclusive, para los otros trabajos.

Málaga 20 de Setiembre de 1885.—El presidente, *Joaquín M.º Verdugo*.—El secretario, *Isidro Garnica*.

Tip. de Ramon Giral, Granados 3.